

TIERNA Y FEROZ. LECTURAS DE UNA AMÉRICA MISTRALIZADA EN LOS ESCRITOS DE LUIS OYARZUN

Hugo Osorio¹

Resumen

El texto propone un acercamiento a la obra de Gabriela Mistral desde un análisis de los textos ensayísticos de Luis Oyarzún. En ellos se vislumbran ciertas afinidades electivas, tanto biográficas como discursivas, que apelan a una idea particular de subjetividad trashumante reflejada en la obra de ambos autores. La experiencia de errancia y de extranjería provoca una creación particular, en las cuales se asienta un discurso acerca de la naturaleza y su contraste cultural con el ejercicio civilizatorio. Por último, nos aproximamos a la relevancia del paisaje americano en cuanto sustrato esencial en la producción poética y como horizonte reflexivo de algunas obras seleccionadas.

Palabras Claves: América, Luis Oyarzún, naturaleza, Gabriela Mistral, nomadismo, paisaje.

TENDER AND FIERCE. READINGS OF A MISTRALIZED AMERICA IN THE WRITINGS OF LUIS OYARZUN

Abstract

This text proposes an approach to the work of Gabriela Mistral through an analysis of the essays of Luis Oyarzún. These essays reveal certain elective affinities, both biographical and discursive, that point to a particular idea of nomadic subjectivity reflected in the work of both authors. The experience of wandering and being a foreigner gives rise to a unique creative

¹ Chileno, Universidad Academia de Humanismo Cristiano, correo electrónico: hosorio@gmail.com

process, in which a discourse on nature and its cultural contrast with the civilizing process is established. Finally, we explore the relevance of the American landscape as an essential substrate in poetic production and as a reflective horizon for some selected works.

Keywords: *America, Luis Oyarzún, nature, Gabriela Mistral, nomadism, landscape.*

No es accidental que en la valiosísima obra de Luis Oyarzún, la figura de Gabriela Mistral posea un carácter ejemplar. No solo rebosa en su escritura una indudable afinidad electiva con la poetisa, sino que también emana de ella la sincera amistad, la querencia fiel (“amiga mía, acepte mi pensamiento de amor y devoción (carta 1945 nov. 16, Santiago de Chile [a] Gabriela Mistral)), y la evidente admiración del lugar que ocupa en el concierto intelectual y espiritual de lo humano. La correspondencia significativa entre ambos, las múltiples notaciones diarísticas (“Cuando llegamos a la Estación, salió G. [Gabriela Mistral] apoyada en el Ministro Herrera y me dijo: “Qué lástima que nos separemos, pero ya sabrá Ud. dónde encontrarme... (Diario Oyarzún, Septiembre, 1954)), y los sugerentes ensayos, hablan de una fraternidad de viaje sustentado en una especie particular de nomadismo especulativo, piedra angular en los desarrollos escriturales y posicionamientos ambientales de dichos autores.

Es tal vez el crítico Alone, el que más eficientemente supo caracterizar este rasgo en la Mistral:

(...) No sienta pie, no echa raíces. Conserva en su actitud algo de la viajera que ha llegado ayer, que partirá mañana, con sus maletas listas. Ella misma calificábase familiarmente de “patiloca” y, aunque a los escritores chilenos les ha gustado navegar, D’Halmar, Huidobro y hasta Neruda resultan a su lado unos sedentarios (137)

Su obra está marcada por el sino del desplazamiento, nunca en el sentido de la pasividad atrofiada del sujeto moderno burgués, subyugado en un marasmo nihilista tan propia de la caracterización benjaminiana (2005), donde dicha imagen, la del paseante, es fiel reflejo de la desintegración de la cultura. Muy por el contrario, en Mistral encontramos una especie de lirica transhumante (Gonzales Montes, 2011), un sujeto en un movimiento siempre

discontinuo, desde el arraigo de la herencia ancestral a la incertidumbre del estado de no pertenencia. En el poema “La Extranjera” absorbemos el dolor de dicha pérdida:

“(...) Vivirá entre nosotros ochenta años,

pero siempre será como si llega,

hablando lengua que jadea y gime

y que le entienden sólo bestezuelas.

Y va a morirse en medio de nosotros,

en una noche en la que más padezca,

con sólo su destino por almohada,

de una muerte callada y *extranjera*”. (Mistral, 1938, p.128)

La extranjería, aquel sentimiento de no pertenencia a un mundo que se devela en cuanto extrañeza, sugiere, no solo la referencia a la situación vivida, a saber, la ola de críticas hacia el secretario de Educación Pública del gobierno de Alvaro Obregón, José Vasconcelos por parte de coetáneos mexicanos de instalar a una “extranjera” en temas propios de la reforma educacional mexicana²; sino que embarga a toda la cosmovisión mistraliana entre el debate de la cultura de la barbarie y la de la civilización, extrapolada con los quiebres de los límites de las convenciones sociales de la época (Ambroggio). La ejemplaridad de “La Extranjera”, y el claro énfasis de su marcada cursiva, posiciona un tópico que articula vida y obra como conceptos especulares donde la perdida (abandonos, olvidos, violencias físicas vividas) conjuga con la errancia geográfica (el autoexilio, los múltiples países habitados, o incluso el sino neoyorquino tan importante para su obra y sus últimos días); generando una diada

² Es significativo que cuando la Secretaría de Educación de México le encomienda realizar un libro recopilatorio de lecturas escolares, el primer acápite de la Introducción a su “Lectura para Mujeres” lleve por subtítulo “Palabras de la extranjera”. Algunos autores señalan el marcado tinte irónico en respuesta a las críticas y comentarios xenófobos recibidos por la poetisa (Gorrochotegui, 19; Palma Guillen, 1988; Ambroggio, 2011).

insoslayable fácil de atisbar en toda su obra. La vate se convierte así en una especie de médium, que logra desestabilizar e incomodar la falsa apariencia armónica del encuentro del otro para generar un rito de pasaje. Ya como fantasma o nómada posee la libertad de tránsito entre vivos y muertos, en traspasar los diferentes círculos (sociales, familiares, intelectuales), porque “siempre será como si llega”.

Escribir compulsivamente, íntimamente

Uno de los rasgos distintivos en la obra de Luis Oyarzun es su escritura compulsiva. Miles de páginas de anotaciones hace que su escritura exceda los propios límites a ese preciado anhelo de unidad espiritual autoimpuesto. Es sin lugar a duda una obra elocuente, compleja y heterogénea, donde el soporte diarístico opera como estructura basal de toda su poética. Ya a principios de siglo Freud descubría como lo compulsivo era una tendencia más elemental y originaria, una “(...) función del aparato anímico que, sin contradecir al principio de placer, es empero independiente de él y parece más originaria que el propósito de ganar placer y evitar disiplacer” (Freud 1920, p.31). Quizás una de las definiciones más cercanas al ejercicio intelectual de Oyarzún³, el cual se nutre de una fuerza originaria donde lo pulsional anima el ejercicio del ver/ser (Millas). Como bien señala Harris et al:

“Una brizna de hierba o el paisaje en su totalidad, una frase aislada o el texto completo de un autor, un gesto cotidiano o la magnitud total de la vida de un artista: el distanciamiento objetivo o la cercanía amorosa, eran el método con que su mirada se aplicaba y abarcaba por igual a la naturaleza y al ser humano en la fusión contemplativa del espíritu tanto del artista, como del naturalista y el filósofo” (2006, p.2).

En toda la obra de Oyarzún el mundo lírico siempre se alterna a su pensamiento crítico (Morales, 2014), siendo su profundidad complementada con su espontaneidad una de sus

³ O la caracterización parriana de Oyarzun tanto como un *pequeño Larousse* como un Hamlet “capaz de hablar de cualquier cosa...con pleno conocimiento de causa” (Aranguiz, 2007)

principales características. Es el propio emerger de lo cotidiano que opera como una visión trascendente que impele a sobrescribir cada detalle percibido. Como advierte Rodriguez al analizar el ejercicio práctico de la Mistral “(...) Los mismos sentimientos que asoman en lo contemplado en una obra de arte se despiertan también al contemplar lo cotidiano” (2020, p.127). Es una curiosidad infinita, que permite movilizar al régimen escópico a otras latitudes, condenada una vagancia errática. Esta errancia es la que posibilita poner en jaque las formas históricas de ver y representar el mundo, y que a la vez abre paso a la aparición de una conciencia que se autodetermina desde su intimidad.

He allí la complejidad de la escritura oyarzuniana, donde lo íntimo de la subjetividad, y la aparición radical, y por ende cotidiana, de lo otro, articulan su obra; en donde el fragmento opera no como residuo, sino como elemento totalizador y canalizador de lo real. Para ello, para su escritura insubordinada, necesita generar un lugar que pueda disolver la tentación del pastiche y dotar a su ecosistema intelectual de un ordenamiento *pasajero*, o mejor dicho *de paso*, que provea de un modus de encuentro, tensión y dialogo con las cosas mismas. Es el llamado al origen, a la naturaleza en propiedad:

“La pasión de ver de Oyarzún tiene en ella [la naturaleza] su objeto primero y último. Sin ella jamás el hombre sería dueño de sí. Para poseerse hay que poseerla. Se es en ella, o no se es, pero no fuera de ella. Hay en el amor de Oyarzún por la naturaleza un amor de siempre, un eco del amor cortés de los trovadores provenzales. Es su vasallo (...) Pero si ella lo ignora o lo rechaza, si ella misma revela elementos de perversidad, o si otros la traicionan y la ultrajan, entonces la oscuridad cae sobre él porque está “perdido” y la naturaleza se llena de resonancias medievales de “pecado”, “mal” (Morales, 2014, p.127).

Es la propia naturaleza la que moviliza al investigador lírico, la que agencia el espacio y la llamada. Pero la pregunta acerca del estatuto del sujeto con relación a un territorio fragmentado sigue presente. La fragmentación geográfica opera en dos ámbitos: como multiplicidad o hibridación. En ambos casos conlleva a la desaparición del sujeto, o dicho en otros términos, la fragmentación siempre remite a una ausencia. Es un sistema elaborado

hipotéticamente como ausente (Calabrese). El acto divisorio de quiebre o fractura se puede rearticular como sistema independiente en la medida en que opera su renuncia a la posición que ese fragmento ocupaba en dicho sistema. Lo que queda entonces es una materialidad que ya no soporta identidad; un ser nómade en un territorio informe, un espacio que ya no posee un lugar. Oyarzún, y también Mistral operan desde esa incomodidad, donde el desplazamiento hace crisis a la siempre supuesta estabilidad del sitio. Sus escrituras hacen eco del desgarramiento de las jerarquías tanto categoriales como culturales que actúan en el diario vivir y que se pone en tensión en cada uno de sus abordajes. El fragmento operativo se asienta en el trabajo con lo excluido, y que por ende el accionar del arte debe tanto ética como políticamente volver al testimonio de la presencia, no ya desde el restablecimiento de la jerarquía ya articulada, sino en la reconciliación con una historia más profunda y ancestral. Es por eso por lo que una de las claves de lectura sería la situación de peculiar incomodidad en ambos autores. Esta incomodidad radica en el tratamiento de la fractura, desarticulando la unidad de la narración desde la aparición de lo que había sido excluido. En términos psicoanalíticos hablamos de forclusión cuando el sujeto rechaza aquello otro desde sus mecanismos psíquicos, en definitiva, un mecanismo de exclusión de un significante. Pero cuando ocurre un exterminio siempre aparece un fantasma, aquel objeto que se libera y que tensiona y fragiliza nuestro aparente orden y trabaja con los fantasmas de nuestra obstinada memoria.

Se ha puesto énfasis en ver a la escritura mistraliana como una conciencia escindida o que hace patente un dualismo agónico (Ostria). O sobre la voluntad de orden espiritual en el pensamiento ecológico de Oyarzún (Donoso). Pero creo que tal vez el asunto radicaría *ya* en el establecimiento de una naturaleza que trasciende la dicotomía y se asienta en la transitoriedad del fragmento. En otras palabras, es cómo hacer aparecer aquello que incluso ha dejado de afectarnos, lo que ya no tiene el impacto, que ha dejado de ser sensible. Estos cuerpos son entidades orgánicas: las palabras, los lugares, los objetos, que acompañan y ayudan en los procesos de revelación de los misterios y secretos. Son compañeros de la travesía, aquellos objetos que lindando con lo sagrado reterritorializan la escena y la poblan de historias. Desde el objeto aparece lo no visto, donde comienza la transformación de la

temporalidad sustractiva hacia una temporalidad curativa, asociada al cuidado en cuanto apertura de relaciones en su reconocimiento como portadores de realidad. Como señala Oyarzún; “No puedo sentirme en orden sino en contacto con la naturaleza. De ella recojo mis fuerzas y solo ella me pone sobre mis pies” (1995, p 262).

En una de las cartas de Gabriela Mistral a Luis Oyarzún escribe:

“Cada vez que me paro a mirar los albañiles en Petrópolis - ciudad donde se construye mucho-, los veo, cual más cual menos embarrados y hasta caricaturescos. Prefiero esas trazas a la de los intelectuales tan *comme il faut*. La vida es como la tierra es cosa que altera y descompone y afea. Y yo quisiese ser albañil hasta los últimos días. (Carta, Brasil, Petrópolis, 1944).

No se trata de un como debe ser, sino como alteración. Ser naturaleza. Pero aquella que surge desde el origen. O de esas trazas fundantes de una América territorio.

América y sólo América

En el año 1967, la editorial universitaria publica el texto ensayístico de Oyarzún “Temas de la Cultura Chilena. El libro se divide en tres cuestiones capitales: análisis de autores nacionales, la visión de Chile y su identidad cultural, y un acercamiento al topos americano. El segundo capítulo (de cuatro que conforma su selección), está dedicado a la vida y obra de Gabriela Mistral: “Gabriela Mistral en su poesía”, “El sentimiento americano en Gabriela Mistral”, “Gabriela Mistral, poesía perenne”, y “Dos discursos en honor de Gabriela Mistral”. En uno de los pocos libros que publicó en vida, su aproximación a la escritura mistraliana rebosa en humanidad y en el entendimiento radical de la identificación entre ser, vida y obra.

Para Oyarzún, la obra de la Mistral “se da en la capacidad de intuición de lo real a través de lo sensible, casi sin intermediarios intelectivos” (p. 42). Pero a la vez es significativo su inmersión no en la fisicalidad de la materia, sino en la verdadera experiencia espiritual que poseen las cosas:

“El hombre está vinculado a la materialidad de las cosas y su vida es allí cantada como un juego visionario entre la conciencia y el mundo, que se compenetran sin confundirse enlazados en ternura. La materia en la poesía de Gabriela tiene alma e idioma y habla con el lenguaje de la infancia o con el verbo de la pasión. (...) en expansión creadora, [La realidad] se derrama desde su centro y envuelve las cosas minerales y vivas, palpándolas hasta sentirse a si mismas en ellas, sin deformarlas ni desnaturalizarlas, descubriendose en ese ser extraño, como en las pruebas de cognición extrasensorial provocada” (p. 43)

La hipótesis planteada por Oyarzún es una especie de concomitancia electiva entre vida y obra. La geografía de la Mistral surgida desde un valle central, solitaria y doliente asume una especie de pequeña América, donde el macizo andino rememora el transmundo sombrío que acaece en toda monumentalidad, donde el juego entre la ternura y el estremecimiento áspero de la tierra originaria. Pronto acaece el nomadismo, y los múltiples destinos que fueron configurando su poética, Desde la extrañeza de la capital de nuestra nación, al encuentro con esa América, la que posibilita, en su transitar, la devoción por la métrica y el ritmo. O en otras palabras un arraigo del pasado desbocado por las nuevas vivencias sonoras que le permitieron (ni más ni menos que en Nueva York), explotar su primer impulso paisajístico, su Desolación.

Había señalado con anterioridad que el inicio de viaje comporta un desafío para generar un rito de pasaje, en el cual solo quien posee la necesaria distancia en dicha cercanía puede comprender el territorio como paisaje. Como señala Mellado:

“El crítico-viajero está habilitado por su estatuto en la comunidad del arte para realizar el forzamiento conceptual, y explicar que dicha operación de arcialización ha sido terminada por su paso y por su mirada inscriptora. (...) El paisaje es un encuadre cultural complejo, que permite que un territorio sea incorporado a una ensoñación social determinada” (2015, p.129)

Leer un territorio es convertirlo en paisaje. Las incesantes anotaciones de Oyarzún van en este camino, en el cual lo transforma en un tema de cultura. Paisaje y cultura devienen aquí

como momentos privilegiados de la subjetividad, de la ficción intertextual que agrupa un posible nombre, mejor dicho, un nuevo nombre, a dicho territorio. Es por eso interesante el retomar el concepto de naturaleza y sus formas que alimentan tanto la conexión oyarzuniana como mistraliana con el territorio expuesto. Desde su ubicación ruinosa, desolada, a su exuberancia e impotencia categórica. Desde una ternura arrulladora hasta una geología voraz. Pero aun así ambos sustratos utópicos comparten su perfil distorsionado (o espejo roto en palabras oyarzunianas) en fragmento. La trizadura entraña la lucha de una memoria que se sustenta como sustrato alegórico. Siguiendo las tesis de Avelar:

La naturaleza se convierte aquí en emblema de la muerte y la decadencia, una manera de relatar una historia que ya no puede ser concebida como una totalidad positiva. La alegoría sería entonces una forma desesperada, la expresión estética misma de la desesperanza. (...) Las ruinas serían la única materia prima que la alegoría tiene a su disposición” (Avelar 58).

Existiría entonces un primer relato de corte alegórico en el cual Oyarzún se nutre para su visión cultural. Siguiendo a Pinedo (2017), una situación real de dolor expresada desde una crisis vital de sentido más profunda, primariamente, en Chile, calificándolo como una “orfandad cultural” de un país que vive del abandono. Una nota del 2 de febrero de 1951 en su Diario Íntimo lo confirma:

“Lo que me aterra de Chile es la torpeza humana, la elementalidad de la vida exterior. Mi país me produce la impresión de estar habitado por áimas de devorador e infuso subjetivismo, en un plano inferior a la espiritualidad. ¿Tienen espíritu los arquitectos chilenos? Si lo tuvieran no construirían estos monstruos que son los nuevos edificios de Santiago. Algún día otros chilenos distintos a los actuales tendrán que hacer aquí una ordalía, para construir sobre esta tierra edificios livianos, luminosos, que respondan armoniosamente al ataque de la luz violenta y destructora. Pero bien se ve el mismo primitivismo inferior en las casas miserables. No se trata sólo de la pobreza económica, sino de un pauperismo de la conciencia sensible” (p.78).

Al parecer la ciudad de Santiago, tal como Mistral, se le revela en cuanto despojo de esa rica materialidad, dejando a la pulsión vacía como una simple alienación carente del necesario movimiento del espíritu. Sin la suficiente cultura espiritual, coexiste el abandono del ecosistema que va reproduciendo la degradación de la naturaleza. Si a esto sumamos un pensar temprano y anticipativo de la crisis ecológica, vemos a un Oyarzún en un complejo debate entre las posibilidades espirituales de subversión de la catástrofe - ahí su defensa de la Tierra-; de una búsqueda incesante de un espacio primitivo sacralizado que logre sostener dicha emergencia.

La eco-espiritualidad oyarzuniana (Donoso) opera en su reflexión en cuanto crítica del atrevimiento de la civilización subyugante, ante lo cual una de las posibles vías es el acercamiento a la materia desde la reconfiguración del territorio en un renovado paisaje espiritual. Pero dicha reconfiguración es de una patética desolación. En otra de sus anotaciones íntimas escribe:

“¿Cómo renovar el viejo pacto con la Naturaleza? Esta es nuestra Madre madrastra. que yo puedo identificar con la mía.

La sensación de estar perdido, perdido de los amigos, de mí mismo, del tiempo. "En el principio era la acción". Me siento tan miserable (...) Estoy cada vez más convencido de que nuestro maridaje moral con la carne que es tierra es nefasto. Estoy solo clamando por la lengua de la materia una cosa distinta, hecha a la medida de lo que soy, de eso mismo que ignoro. He llegado a los límites del abismo. Ángel mío de salvación, perdida absoluta, háblame hoy. La belleza del mundo no es una belleza. ¿Qué hacer? Un hacer a la medida del espíritu humano. Todo sucumbe, todo se agrieta. Quisiera reconocer un astro nuevo." (Diario íntimo, 1 de abril 1965, pp. 469-470).

En las nocturnidades de Tala, contemplamos algunos de las cimas escriturales de la devastación del sujeto en el lamento del ser desdichado:

Hace tanto que masco tinieblas,

que la dicha no sé reprender;
tanto tiempo que piso las lavas
que olvidaron vellones los pies;
tantos años que muerdo el desierto
que mi patria se llama la Sed.” (Nocturno de la consumación pp. 16-17)

Pero es también la misma obra la que le abre paso a una reflexión profunda sobre América. Aquí hablamos de la generación de un paisaje que trasciende el mero marco alegórico, estableciendo un discurso de andinidad que le permite aunar, cual macizo ejemplar⁴, las diversas memorias y subjetividades que la pueblan. Hay una especie de fusión pánica de los elementos (Oyarzún, 2005, p.381), la que abre a la lucha y a la fuerza pasional de los elementos. Y es ese interés que alaba Oyarzún en su lectura de la poetisa, la posibilidad de un alma colectiva en el sentir americano de Mistral. Deja en claro que no es una simple reproducción de tipo naturalista, muy por el contrario, es una reflexión amorosa y de “bárbara ternura” (1967, p.55). Y es aquí donde plantea una de las hipótesis más originales en torno a su escritura, la de la extranjería. Ser “extranjera de su poema” es la condición de la América maciza que le permite, gracias al hablar del poeta, recuperar la memoria, recordar la profundidad de su ser, y por ende reencontrarse con la riqueza y la exuberancia de sus materiales. La América, paisajeada, por fin una América mistralizada

“(…) cuya voz andaba llena de nuestros aientos y materias -el trópico, la Cordillera, la selva, el agua, las razas, los animales-, que se presentan en ella como si fueran diferentes y recién descubiertos, incorporados a otro ritmo, desnudos, bajo una luz cortante que los ilumina de lleno, sin el pudor del usual refinamiento y sin la timidez del que mira estas cosas dentro de formas europeas. Surge así de todo ello una comunidad cósmica cuyo centro es el hombre, pero un hombre que vive en comunión con un mundo, traspasado de angustia y de pasión, pero no solitario en su ser

⁴ Pienso aquí en el poema “Cordillera”: ¡Te llamemos en aleluya /y en letanía arrebatada: /¡Especie eterna y suspendida, / Alta-ciudad - Torres-doradas, /Pascual Arribo de tu gente, / Arca tendida de la Alianza! (p. 104).

metafísicamente aislado, sino rodeado de las criaturas, que contienen un soplo vivo que alimenta su alma” (pp. 56,57).

Llegar a ser América, significó un largo viaje, aquel pasaje que transita desde las insinuaciones personalista en “Desolación” hasta las invocaciones armónicas con la elementalidad descubierta en “Tala”⁵. La lectura oyarzuniana la instala como forma acabada, escritura perenne en donde las ausencias afectivas de los objetos se disuelven en su creación poética

“Su obra es el testimonio de un alma atormentada, invadida por el mundo, amorosamente disuelta en él a veces, pero, por encima de todo, señora y dueña de él y espiritualizadora de las cosas.” (p. 57).

Excusa de una nota

“(…) de una muerte callada y *extranjera*”. El último verso de “La Extranjera” extiende el rito de pasaje a otra dimensión, a la del lugar silente. Ante la incommensurabilidad del macizo americano, la palabra que nombra también calla. Si la labor del poeta, siguiendo las tesis de Oyarzún, es la disolución de distancias de las cosas y de los hombres, la impronta mistraliana estaría en la superación de la extrañeza experimentando ese ser otro. Entender el nomadismo de viaje como una conciencia crítica en constante desplazamiento, donde el desborde de lo nombrado a la par articula la escucha y la imposibilidad del decir. Donde el silencio se transforma en una dimensión del habla. El auténtico silencio es posibilidad del que puede o debe decir algo (y que al hablar rompe el silencio); o el que simplemente calla ya que necesita oír. El silencio quiere decir algo, es significativo. Lo mismo el que guarda silencio. O aquella secreta complicidad compartida de los compañeros de ruta en su errancia creativa. Los sin voz, los excluidos, los desaparecidos deben ser nombrados, ya que siempre aparecerán. Oyarzún /Mistral – Mistral / Oyarzún intentan no solo hablar desde el verbo exuberante o la

⁵ Lleva este libro algún pequeño rezago de Desolación. Y el libro que le siga -si alguno sigue- llevará también un rezago de Tala...(Mistral, 1938, p.273).

prosa locuaz, sino desde el silencio íntimo de sus errancias subjetivas, con los ancestros, en compañía de los muertos. Cercanos a las cosas.

BIBLIOGRAFIA

- Alone (1962). *Los cuatro grandes de la literatura chilena durante el siglo XX*. Zig-Zag,
- Ambroggio, L. A. (2011). Gabriela Mistral 'La extranjera': la complejidad poética de su desarraigó y pertenencia. En *Gabriela Mistral y los Estados Unidos*. Academia Norteamericana de la Lengua Española. p. 11–24.
- Aránguiz, S. (2007). Taken for a ride. Escritura de paso de Luis Oyarzún: "La vida, una eternidad inasible". *Acta literaria*, (34), 145-152.
- Avelar, I. (2000). *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Cuarto Propio.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Akal.
- Calabrese, O (1987). *Detalle y fragmento. La Era Neobarroca*. Cátedra.
- Donoso, A. (2019). Caminar, en el pensamiento ecológico de Luis Oyarzún. *Atenea (Concepción)*, (519), 99-115.
- Donoso, A. (2022). "La naturaleza vencida por el hombre suscita dioses": Eco-espiritualidad en el pensamiento ecológico de Luis Oyarzún. *La Palabra*, (44), 03. Epub October 23.
- Falabella, S.; Domange, B. (2010). Poema de Chile, sus manuscritos y la valoración del legado de Gabriela Mistral. *Estudios filológicos*, (46), 43-57.
- Freud, S. (1976). *Más allá del principio del placer. Obras Completas XVIII*. Amorrortu.
- Gorrochotegui, A. (2022). La formación de la mujer en Gabriela Mistral: un breve análisis en torno a tres textos publicados entre 1903 y 1923. *Escritos* 30. Número 65, 164-182.

Grau, O. (2008). *Tiempo y escritura: El diario y los escritos autobiográficos de Luis Oyarzún*. Universitaria.

Hozven, R. (2010). *Escritura de alta tensión: Desafío de Luis Oyarzún*. Catalonia.

Mellado, J.P. (2015). *Escenas Locales. Ficción, historia y política en la gestión de arte contemporáneo*. Curatoría Forense.

Millas, J. (2017). Luis Oyarzún o La Pasión De Ver. *Revista Austral De Ciencias Sociales*, (6), 69–78.

Mistral, G. (1922). *Desolación. Poemas*. Instituto de las Españas en los Estados Unidos.

Mistral, G (1924) *Lecturas para mujeres. Destinadas a la Enseñanza del Lenguaje*. [s.n.].

Mistral, G. (1946). *Poèmes choisis*. Stock.

Mistral, G. (1938). *Tala: poemas*. Ediciones Sur.

Morales, L. (2014). *El diario íntimo en Chile*. RIL editores.

Morales, L. (2009). Luis Oyarzún: El diario íntimo como diario de viaje. Modernidad y cultura cotidiana chilena. *Anales de Literatura Chilena*, 11, 141-159.

Oyarzún, L. (1973). *Defensa de la Tierra*. Universitaria.

Oyarzún, L. (1960). *Diario de Oriente*. Universitaria.

Oyarzún, L. (1995). *Diario íntimo*. Universidad de Chile.

Oyarzún, L. (2002). *Necesidad del Arcoíris. Poesía selecta*. Lom

Oyarzún, L. (2005). *Taken for a Ride. Escritura de Paso*. RIL editores.

Oyarzún, L. (1967). *Temas de la cultura chilena*. Universitaria.

Ostria, M. (2013). El “cosmos exaltado” de Ternura. *Atenea (Concepción)*, (508), 187-196.

Pérez Villalón, F. (1999). El Diario íntimo de Luis Oyarzún: Una lectura. *Revista Chilena de Literatura*, 55, 103-128.

Pérez Villalón, F. (2004). Variaciones sobre el viaje (dos viajeros ejemplares: Mistral y Oyarzún). *Revista chilena de literatura*, (64), 47-72.

Pinedo, Javier. (2017). "Este es mi país y deberé cargar con el lisiado". Imágenes de la identidad nacional en los ensayos de Luis Oyarzún. *Universum (Talca)*, 32(1), 231-254.

Rodríguez, N. (2020) Experiencia y vivencia. Dimensiones estéticas desde el pensamiento pedagógico de Gabriela Mistral. *Hermenéutica Intercultural* N°33, pp. 105-129.

Valdés, C. (2011). *Luis Oyarzún: Pensamiento y forma*. Universidad Austral de Chile

Valéry, P. (2009). Gabriela Mistral por Paul Valéry. *Atenea (Concepción)*, (500), 185-191.